

XXXIV CURSOS DE VERANO EN SAN SEBASTIAN XXVII CURSOS EUROPEOS

Tema: Dificultades de la juventud vasca para el ejercicio efectivo de sus derechos de ciudadanía, especialmente los ligados a la construcción de su proyecto de vida autónoma

LOS JÓVENES ANTE EL CAMBIO DE ÉPOCA. ¿NUEVOS PROBLEMAS, VIEJAS POLÍTICAS?

Joan Subirats

Partimos del supuesto que los elementos que intervienen en los procesos de transición de las personas jóvenes hacia la edad adulta son múltiples, heterogéneos y poco predecibles. Al mismo tiempo, sabemos de las grandes dificultades que tenemos para seguir identificando con claridad las distintas fases de los ciclos vitales, cuando nos fallan los parámetros que veníamos utilizando en la sociedad industrial. En el marco de esta realidad compleja, la exclusión social y el desempleo de jóvenes, aspectos clave a resolver para poder hablar de ciudadanía, se encuentran con frecuencia en la intersección de problemáticas de distinta índole: ámbito educativo y formativo, familiar y relacional, ocupacional e incluso de salud. Por otro lado, constatamos la creciente extensión del concepto de "jóvenes en riesgo de exclusión" hacia colectivos e individuos que hace sólo unos años no los habríamos considerado como tales. Se está generalizando la precariedad y la intermitencia laboral de manera inequívoca. Ello no es fruto de una situación coyuntural o excepcional, de la cual podremos salir en más o menos tiempo, para así recuperar viejas certezas, maneras de operar y de actuar. Hemos de reconocer que estamos en un auténtico interregno entre épocas, y que los paradigmas y esquemas conceptuales que nos fueron útiles en el fordismo, apenas si lo serán en el nuevo escenario en el que estamos entrando de manera rapidísima. Estos son los puntos de partida del conjunto de reflexiones que siguen a continuación y que entenedemos pueden servir para identificar aspectos a tener en cuenta en un momento especialmente complicado si nos referimos a las pautas que permitan transitar a la gran mayoría de los jóvenes hacia la plena ciudadanía.

¿Época de cambios o cambio de época?

Desde los poderes públicos se nos sigue hablando de "recuperación", de que estamos ya cruzando "el cabo de Hornos", que si bien aún estamos en el agua, ya vemos la playa de la salvación. Es decir, nos están diciendo que todo indica que en poco tiempo recuperaremos las constantes económicas de crecimiento y desarrollo económico. No vale ya la pena desmentir esas afirmaciones. Lo mejor es no seguir hablando de crisis, ya que ello conlleva una mirada alicorta sobre como enfrentarse a los problemas actuales (en clave de espera, de contención y de esperar a que escampe) y tratar de orientarnos en el nuevo escenario en el que inevitablemente estamos entrando (en el que inevitablemente deberemos no solo modular las

respuestas, sino cambiar las preguntas). Y ello exige discutir y ponernos (o no) de acuerdo sobre qué bases, sobre que valores y principios vamos a plantearnos los tradicionales temas de redistribución y solidaridad que están en la base de la convivencia social en cualquier comunidad.

De momento estamos atrapados en un debate en el que unos dicen que todo va bien, y que sólo hemos de esperar a lo peor se desvanezca, pero mientras no dejan de tomar decisiones que van cambiándolo estructuralmente todo. Otros, en cambio, no paran de denunciar lo que ocurre, pero siguen aferrados a que todo podrá ser como era si cambiamos el signo político de los que dicen goberarnos. Es evidente que no es lo mismo que gobierne uno u otro, pero, los problemas son más profundos. Afectan a coordenadas vitales básicas: trabajo, subsistencia, cuidado, vínculos, espacio. Nuestra sociedad ha cambiado muy profundamente en muy pocos años y esto afecta sin duda a los jóvenes, tanto desde el punto de vista de la propia definición de "grupo" como desde el punto de vista de las políticas públicas que les afectan.

Los principales parámetros socioeconómicos y culturales que fundamentaron durante más de medio siglo la sociedad industrial están quedando atrás. Asistimos a una época de transformaciones de fondo y a gran velocidad. El cambio predomina sobre la estabilidad, miremos donde miremos. Y así, los instrumentos de análisis y reflexión que apoyaron nuestra interpretación del estado de cosas anterior (el llamado estado fordista, estado industrial o estado del bienestar) resultan cada vez más obsoletos. Ello se manifiesta en la propia caracterización de las edades como hitos que discriminan fases en el ciclo vital de cada quién. Y tenemos crecientes dificultades para ubicar los hitos vitales que distinguen a niños de jóvenes, a jóvenes de adultos, o adultos de mayores, cuando además todo ello se complica según hablemos de hombres o de mujeres, de personas que viven en grandes ciudades o en zonas de baja densidad, o si se trata de personas con trayectoria laboral más o menos centrada en esfuerzos físicos y manuales.

Mantenemos asimismo estereotipos de especialización laboral-familiar que nos funcionan cada vez menos. Y seguimos especulando con continuidades y permanencia laborales que son más y más infrecuentes. Todo lo que rodea al tema de las edades, rápidamente se conecta con familia, trabajo, movilidad, cuidado, servicios,..., y por tanto, "empapa" el conjunto de fases vitales de cualquier individuo. Y todo ello ha estado sometido a profundas transformaciones en los últimos tiempos. La resultante es una evidente heterogeneidad en las situaciones más básicas de trabajo, cuidado, aprendizaje y descanso.

El tema clave es que hemos venido funcionando desde hace tiempo con una concepción de la vida muy vinculada al trabajo. Un trabajo estructurador y estable. Un trabajo al que se consagraba la fase inicial de la formación y el aprendizaje, y del que uno salía ya casi al final de la existencia vital. Se ha usado la metáfora de las dos estaciones, verano e invierno, para caracterizar ese relato anterior de las trayectorias vitales que se configuraban desde y para el trabajo. En estos momentos, este relato resulta simple y empobrecedor en relación con trayectorias vitales mucho más complejas, heterogéneas y diversificadas. Manteniendo el símil

de las estaciones, vemos como asume una importancia creciente la primavera como fase constitutiva del aprendizaje, anticipando adolescencia y expandiendo la juventud hacia fases que antes eran consideradas plenamente de adultos. Y necesitamos la expansión del otoño para poder encuadrar el significativo alargamiento de la vida, y la diversificación de espacios de trabajo, cuidado, aprendizaje y ocio que surgen y se multiplican en esa nueva madurez vital. Sabiendo, además, que las estaciones y sus transiciones nunca funcionan de manera automática ni maquinal, y que constantemente asistimos a mutaciones del tiempo y del clima que no dejan de sorprendernos.

Las carencias y estrecheces del relato hasta ahora hegemónico, ha situado a los jóvenes, en definitiva, como personas frágiles, necesitadas de atención, con problemas de exceso de emoción y de falta de estabilidad, muy limitados en cuanto a sus posibilidades de trabajo y reflexión, básicamente inmaduros y destinados a ser objeto de dirección y disciplina por parte de quienes si sabían lo que había que hacer. Con estos mimbres, no resulta extraño que las políticas públicas que se orientan a este gran colectivo de personas resulten esencialmente obsoletas y pocas satisfactorias para sus destinatarios. Es asimismo cierto, que ha ido surgiendo otro relato, no menos insatisfactorio por simplista, que sería el de juventud permanente. La juventud sería así una especie de situación permanente, que solo acabaría en la decrepitud física. Es evidente, que ese tampoco es un relato que refleje la realidad multiforme y muy desigual de los jóvenes en cuanto a recursos económicos, cognitivos o relacionales.

Necesitamos repensar estas concepciones, tratando de recomponer a las personas en su plenitud, superando la fragmentación de problemas y respuestas, y evitando tanto la infantilización de la juventud (personas que padecen limitaciones significativas en su capacidad para ejercer plenamente su autonomía personal) como la ilusión de una etapa dorada (irreal y parcialmente sólo accesible a unos pocos). La manera de repensar esa realidad precisa partir de una concepción plena de ciudadanía, en la que podamos caber todos, sea cual sea nuestra edad, género u origen.

Los jóvenes y el trabajo, el barrio, la familia

Tradicionalmente se ha venido considerando que los espacios de socialización básicos para cualquiera eran la familia, la escuela, el barrio o la comunidad en la que uno habitaba, y el trabajo. En todos y cada uno de estos ámbitos o esferas de convivencia, los cambios y las transformaciones han sido muy significativos.

En la esfera productiva, el impacto de los grandes cambios tecnológicos ha modificado totalmente las coordenadas del industrialismo. Palabras como flexibilización, adaptabilidad o movilidad han reemplazado a especialización, experiencia o estabilidad. O, si queremos incorporar un sentido más crítico, la precariedad ha sustituido a la continuidad. La sociedad del conocimiento, pero también la sociedad postfordista, busca el valor diferencial, la fuente del beneficio y de la productividad en el capital intelectual frente a las lógicas anteriores centradas en el capital físico y humano. Pero también fundamenta su capacidad

de extracción de beneficio de la precarización y los bajos sueldos provocados por una globalización que genera dumping social.

Como señaló Ulrich Beck lo que está en juego es la propia concepción del trabajo como elemento estructurante de la vida, de la inserción y del conjunto de relaciones sociales. Asistimos a un doble fenómeno, más demanda de alta especialización, de mayor valor añadido del trabajo productivo, pero, al mismo tiempo, más necesidad y demanda de trabajos de bajo valor añadido, vinculados a los servicios o la manipulación final de productos. En general, hemos asistido a una creciente precarización de los puestos de trabajo disponibles o creados en estos últimos años en Europa. En definitiva, el capital se nos ha hecho global y permanentemente movilizable y movilizad, mientras el trabajo es cada vez menos permanente y está más condicionado por la volatilidad del espacio productivo. Como dice Zygmunt Bauman, si antes teníamos una vida y un trabajo, ahora tenemos muchos trabajos que configuran muchas experiencias vitales. Y todo ello contribuye a aminorar la capacidad que tenía la continuidad del espacio productivo industrial para generar vínculos, lazos, mecanismos de solidaridad y reciprocidad, como bien nos recordó Richard Sennett. No hay duda que aquellos que transitan entre etapas de formación y de vinculación laboral, de emancipación de las estructuras materno-parentales a espacios de independencia y de autonomía, sufrirán más que otros esa gran transformación de los itinerarios vitales y laborales.

Desde el punto de vista de la estructura social o de los ámbitos de convivencia, la sociedad industrial nos había acostumbrado a estructuras relativamente estables y previsibles. Hemos asistido en poco tiempo a una acelerada transición desde esa sociedad hacia una realidad compleja, caracterizada por una multiplicidad de ejes cambiantes de desigualdad. Si antes las situaciones problemáticas se concentraban en sectores sociales que disponían de mucha experiencia histórica acumulada al respecto, y que habían ido desarrollando respuestas, ahora el riesgo podríamos decir que se ha "democratizado", castigando más severamente a los de siempre, pero golpeando también a nuevas capas y personas. Frente a la anterior estructura social de grandes agregados, de fuertes relaciones entre estructuras de clase y habitats territoriales, con importantes continuidades, tenemos hoy un mosaico cada vez más fragmentado e inestable de situaciones de pobreza, de riqueza, de fracaso y de éxito, que si bien se concentran más en unos barrios que en otros, salpican cualquier rincón de nuestras ciudades y pueblos. Es evidente además, que ha habido una gran explosión de heterogeneidad por la llegada masiva de inmigrantes. En diez años se pasó de contar con medio millón de inmigrantes y de seguir siendo un país de emigrantes, a superar los cinco millones de inmigrantes (con diversos niveles de estabilidad y formalización de residencia). Y en los últimos años, los que salen del país buscando oportunidades fuera (sobre todo jóvenes), superan ya a los que llegan al buscando trabajo. Estos extraordinarios y rápidos cambios en la composición de nuestra sociedad, implican retos muy significativos de acomodación de las políticas públicas pensadas en otras claves.

Desde el punto de vista de las relaciones de familia y de género, los cambios no son menores. El ámbito de convivencia primaria no presenta ya el mismo aspecto

que tenía en la época industrial. Los hombres trabajaban fuera del hogar, mientras las mujeres asumían sus responsabilidades reproductoras, cuidando marido, hijos y ancianos. Las mujeres no precisaban formación específica, y su posición era dependiente económica y socialmente. El escenario es hoy muy distinto. La equiparación formativa entre hombres y mujeres es muy alta. Ya hay en España más mujeres que hombres en las aulas de nuestras universidades. Las jóvenes de 25 a 29 años con estudios universitarios superan en diez puntos a los chicos con ese nivel de estudios, mientras en la franja de más de 65 años, son el doble las analfabetas que los analfabetos. La incorporación de las mujeres al mundo laboral aumenta sin cesar, a pesar de las evidentes discriminaciones que se mantienen. Pero, al lado de lo muy positivos que resultan esos cambios para devolver a las mujeres toda su dignidad personal, lo cierto es que los roles en el seno del hogar apenas si se han modificado. Y, con todo ello, se provocan nuevas inestabilidades sociales, nuevos filones de exclusión, en los que la variable género resulta determinante.

Ese conjunto de cambios y de profundas transformaciones en las esferas productiva, social y familiar no han encontrado a los poderes públicos en su mejor momento. El mercado se ha globalizado, el poder político sigue en buena parte anclado al territorio. En ese contexto institucional, las políticas públicas que fueron concretando la filosofía del estado del bienestar, se han ido volviendo poco operativas, poco capaces de incorporar las nuevas demandas, las nuevas sensibilidades, o tienen una posición débil ante nuevos problemas. Las políticas de bienestar se construyeron desde lógicas de respuesta a demandas que se presumían homogéneas y diferenciadas, y se gestionaron de manera rígida y burocrática. Mientras hoy tenemos un escenario en el que las demandas, por las razones apuntadas más arriba, son cada vez más heterogéneas, llenas de multiplicidad en su forma de presentarse, y sólo pueden ser abordadas desde formas de gestión flexibles y desburocratizadas. Y es ahí donde han aparecido con fuerza las entidades del tercer sector, las asociaciones y organizaciones no gubernamentales, que de manera especializada pero integral, logran acercarse a las nuevas problemáticas, a las personas de toda condición, con mayor capacidad de adaptación de las respuestas a las concretas situaciones de cada quién.

Inclusión y exclusión social en trayectorias sociales cada vez más diversificadas

Este contexto complejo y lleno de preguntas sin respuesta es el nuevo marco en el que podemos inscribir el concepto de exclusión social. Concepto que engloba a la pobreza pero va más allá. Cada persona, cada situación es distinta, pero existen parámetros que las acercan unas a otras. Una situación que es el resultado de un proceso de pérdida de vínculos personales y sociales, que provoca que a una persona o a un colectivo le resulte muy difícil acceder a los recursos, las oportunidades y las posibilidades de los que dispone el conjunto de la sociedad. Probablemente no hay personas excluidas, sino momentos de exclusión. Acumulación de riesgos y vulnerabilidades que conllevan que en un momento determinado esa persona quede fuera de los canales habituales, y que le cueste mucho salir de ahí sin ayuda, sin contar con recursos de los que no dispone.

La exclusión social, como realidad de hecho, no es algo básicamente nuevo. Puede inscribirse en la trayectoria histórica de las desigualdades sociales. ¿Qué hay entonces de nuevo? Muy en síntesis, lo nuevo es que ya no tenemos sólo la clásica desigualdad de “los de arriba” y “los de abajo”, “los que tienen” y “los que no tienen”, sino que además tenemos situaciones diversificadas de “los de dentro”, “los de fuera”. Los que tienen vínculos, lazos, relaciones que les permiten superar conflictos y riesgos, y aquellos otros que no disponen de esos amortiguadores de vulnerabilidad, y padecen más directamente las consecuencias de ello.

Hablamos de situaciones que no afectan sólo a grupos predeterminados concretos. Más bien al contrario, afectan de forma cambiante a personas y colectivos. La distribución de riesgos sociales – en un contexto marcado por aumentos de inseguridades de todo tipo – se vuelve mucho más compleja y generalizada. El riesgo de ruptura familiar en un contexto de cambio en las relaciones de género, el riesgo de descualificación en un marco de cambio tecnológico acelerado, el riesgo de precariedad e infrasalarización en un contexto de cambio en la naturaleza del vínculo laboral, el riesgo de caer en drogodependencias de las que es difícil salir... todo ello y otros muchos ejemplos, pueden trasladar hacia zonas de vulnerabilidad a la exclusión a personas y colectivos variables, en momentos muy diversos de su ciclo de vida. Las fronteras de la exclusión son móviles y fluidas; los índices de riesgo presentan extensiones sociales e intensidades personales altamente cambiantes.

Hablamos pues de situaciones que no se explican con arreglo a una sola causa. Ni tampoco sus desventajas vienen solas. Pero, lo cierto es que todos los datos apuntan a que en los últimos años las situaciones de exclusión se dan sobre todo entre familias monoparentales, niños, jóvenes y personas mayores de 45 años que llevan más de dos años buscando trabajo, y casi siempre con factores de agravamiento de estas situaciones provocado por el hecho de ser mujer o inmigrantes.

Es evidente que existen factores que generan exclusión. De entrada, la diversificación étnica derivada de emigraciones de los países empobrecidos, generadora de un escenario de precarización múltiple (legal, económica, relacional y familiar). Por otro lado, la alteración de la pirámide de edades, con incremento de las tasas de dependencia demográfica, a menudo ligadas a estados de dependencia física. Y sin duda, la pluralidad de formas de convivencia familiar con incremento de la monoparentalidad en capas populares. Todo ello se suma y se añade a viejos problemas, que se presentan hoy con nuevas caras: drogodependencias, adicciones, reinserción después de periodos carcelarios,...

El trabajo sigue siendo también un factor de inestabilidad y de vulnerabilidad. Y todavía más en las nuevas formas de flexibilidad-precariedad. Todo ello genera “nuevos perdedores”: desempleo juvenil de nuevo tipo, estructural y adulto de larga duración; trabajos de baja calidad sin vertiente formativa; y empleos de salario muy bajo y sin cobertura por convenio colectivo.

Por otro lado, las viejas políticas redistributivas resisten mal los nuevos acordes de desigualdad que suenan en este inicio de siglo. Se han ido consolidando, por una parte, fracturas de ciudadanía a partir del diseño poco inclusivo de las políticas de bienestar. Por ejemplo, la exclusión de la seguridad social de grupos con insuficiente vinculación al mecanismo contributivo, o la exclusión de sectores de jóvenes vulnerables al fracaso escolar en la enseñanza pública de masas. Hemos ido constatando, por otra parte, el carácter fuertemente inequitativo que genera la falta de política de vivienda. Este conjunto de factores no operan de forma aislada entre sí. Se interrelacionan y, a menudo, se potencian mutuamente. De hecho, las dinámicas de exclusión social se desarrollan al calor de estas interrelaciones.

Nada de esto es insoslayable o provocado por un destino sobre el que no podamos operar. La exclusión es susceptible de ser abordada desde los valores, desde la acción colectiva, desde la práctica institucional y desde las políticas públicas.

Las respuestas. Políticas públicas y responsabilidad social

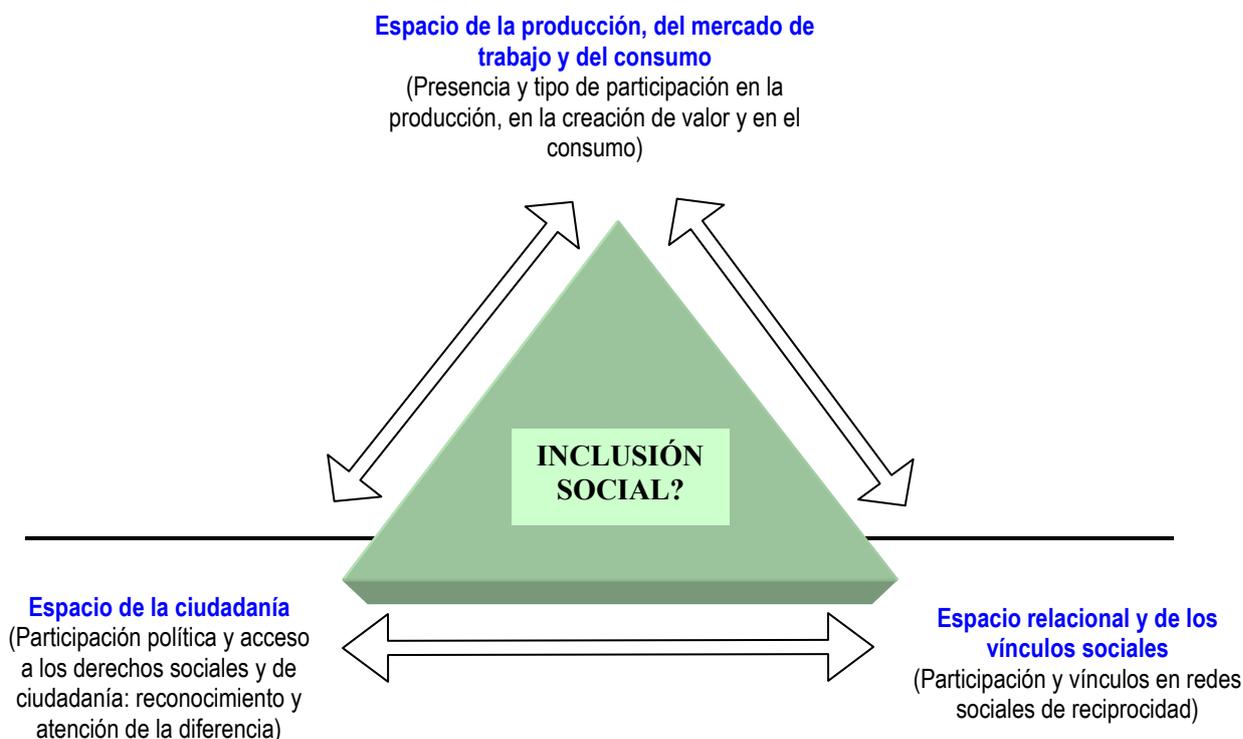
Las políticas públicas y los servicios y ayudas sociales que despliegan, tienen problemas para asumir ese nuevo potencial de desigualdad de nuevo tipo. Partimos de tasas de cobertura e intensidad mucho más selectivas y débiles que otros países europeos, y no es extraño pues que las políticas públicas y los servicios sociales hayan tendido a orientar y focalizar su trabajo hacia los grupos de riesgo: personas y sectores vulnerables a la marginación, o bien en situaciones abiertas de precariedad social. Es evidente que en sociedades complejas como las nuestras los resortes clave de lucha contra la exclusión deben ubicarse en la esfera pública. Las políticas sociales, los programas y los servicios impulsados desde múltiples niveles territoriales de gobierno se convierten en las piezas fundamentales de un proyecto de sociedad cohesionada. Ahora bien, las políticas sociales contra la exclusión deben abandonar cualquier pretensión monopolista, profesionalista o centralizadora. Su papel como palancas hacia el desarrollo social inclusivo será directamente proporcional a su capacidad de tejer sólidas redes de interacción con todo tipo de agentes comunitarios y asociativos, en el marco de sólidos procesos de deliberación sobre modelos sociales, y bien apegadas al territorio.

Como ya hemos adelantado, cuando hablamos de exclusión social a principios del siglo XXI estamos hablando de algo distinto a la pobreza de siempre. Y ello requiere dar un giro sustancial tanto a las concepciones con las que se analiza el fenómeno como a las políticas que pretendan darle respuesta. Requiere buscar las respuestas en dinámicas más "civiles", menos dependientes de lo público o de organismos con planteamientos estrictamente de caridad. Requiere armar mecanismos de respuesta de carácter comunitario, que construyan autonomía, que reconstruyan relaciones, que recreen personas. Creemos que el factor esencial de la lucha contra la exclusión hoy día, pasa por la reconquista de los propios destinos vitales por parte de las personas o colectivos afectados por esas dinámicas o procesos de exclusión social, y este libro es un buen ejemplo de ello.

Si ello es así, necesitamos armar un proceso colectivo que faculte el acceso a cada quién a formar parte del tejido de actores sociales, y por tanto, no se trata sólo de un camino en solitario de cada uno hacia una hipotética inclusión. No se trata sólo de estar con los otros, se trata de estar entre los otros. Devolver a cada quién el control de su propia vida, significa devolverle sus responsabilidades, y ya que entendemos las relaciones vitales como relaciones sociales, de cooperación y conflicto, esa nueva asunción de responsabilidades no se plantea sólo como un sentirse responsable de uno mismo, sino sentirse responsable con y entre los otros.

Como hemos ido sugiriendo, no hay situaciones permanentes y estables en que una persona este incluida o excluida. Con estos conceptos nos referimos más bien a situaciones personales que acumulan más o menos riesgos, más o menos vulnerabilidades, y que por tanto expresan un continuum en el que es posible identificar las situaciones concretas y no abstractas o formalizadas de cada uno de nosotros, con sus blancos, negros y toda la gama de grises. Cada uno desarrolla estrategias para salir de donde está, para mejorar su situación, para evitar un exceso de precariedad o de riesgo. Desde nuestro punto de vista, se podrían destacar tres ejes sobre los que pivotan muchas de las estrategias de salida de la exclusión: trabajo, las redes sociales y familiares de apoyo, la capacidad de estar implicado en el entorno social, de ser reconocido como lo que cada uno es, con sus características diferenciales y específicas. Hemos querido resumirlo en el gráfico que sigue.

Gráfico 1: Espacios y estrategias de inclusión social



Uno es igual cuando, siendo distinto, se siente reconocido como un igual. La inclusión social de cualquier persona o colectivo pasa pues, en primer lugar, por el acceso garantizado a *la ciudadanía y a los derechos económicos, políticos y sociales* correspondientes a la misma, así como las posibilidades de participación efectiva en la esfera política.

En segundo lugar, la inclusión social de toda persona o grupo social pasa por la conexión y solidez de *las redes de reciprocidad social*, ya sean éstas de carácter afectivo, familiar, vecinal, comunitario u de otro tipo. Las redes sociales y familiares son un elemento constituyente de las dinámicas de inclusión y exclusión social. Así, resulta importante señalar el hecho de que no sólo la falta de conexión con estas redes puede determinar en gran medida la exclusión o la inclusión social de una persona o colectivo, sino que también las características específicas y los sistemas de valores y de sentidos que éstas tengan son extremadamente relevantes. Aún así, la existencia de redes de solidaridad es un elemento clave en las estrategias que los grupos y las personas tienen a su alcance para paliar o dar solución a determinadas situaciones de carestía o de precariedad, y su inexistencia o su conflictividad puede agravar la gravedad de la situación y/o cronificarla. Este elemento es especialmente importante en los regímenes de bienestar mediterráneos como el español, donde la cobertura del sistema de protección social público es notablemente débil, por lo que las redes familiares y sociales juegan un papel fundamental en la redistribución de recursos y en la contención de la exclusión y la pobreza grave.

Finalmente, el espacio de la producción económica y muy especialmente del *mercado de trabajo*, es el otro gran pilar que sustenta la inclusión social. El empleo es la vía principal de obtención de ingresos para la mayor parte de la población, la base con la que se calcula el grado de cobertura social de la población inactiva y también una de las principales vías de producción de sentido e identidad para los sujetos. Por lo tanto, el grado y el tipo de participación en éste determinan de una forma muy clara y directa las condiciones objetivas de exclusión e inclusión social. En el contexto actual, existen múltiples segmentos de la población, que o bien quedan al margen del mercado de trabajo o bien tienen una débil inserción en él. Nos encontramos en un proceso de dualización del mercado laboral, en el cual se consolida por un lado la disminución del mercado laboral primario, constituido por los puestos de trabajo relativamente estables y protegidos; y por el otro el crecimiento desorbitado del mercado laboral secundario, que se caracteriza por una creciente precariedad, una alta rotación y la pérdida progresiva de derechos y coberturas sociales, y que está ocupado principalmente por jóvenes de baja y media cualificación, mujeres, inmigrantes extranjeros y trabajadores adultos precarizados. A todo ello hay que añadir el también creciente número de trabajadores que trabajan como falsos autónomos o en empleos informales, irregulares o directamente ilegales. Éstos, a la postre, obtienen menores ingresos, menor estabilidad y una cobertura más débil o inexistente por parte del sistema de pensiones y de protección social, por lo que requieren de manera muy significativa del apoyo de la familia u otras redes sociales.

Así, en términos generales, las carencias, ausencias o la posición que cada persona o grupo tenga en cada uno de estos tres espacios de la inclusión (o en más de uno a la vez), conllevan el desarrollo de procesos de precarización o vulnerabilidad que pueden conducir hacia situaciones de fuerte desigualdad o de exclusión social. Al contrario, quienes tengan mayores oportunidades de participar con unos determinados niveles de "calidad" en estas tres esferas, serán los colectivos con mayores cotas de inclusión. La presencia y la posición de los distintos segmentos de población en cada una de estas dimensiones determinarán, de entrada, su nivel y tipo de inclusión social y, con ello, sus principales riesgos de exclusión. En este sentido, si nos centramos en los jóvenes, constatamos una posición desaventajada en el mercado de trabajo, que los hace más vulnerables a procesos de exclusión vinculados con la falta de participación o las condiciones de precariedad bajo las que se desarrollan en el campo de lo laboral.

¿Que pasa con las políticas de empleo?. Son importantes, pero no son lo único importante

Una de las formas habituales de encarar los fenómenos de exclusión es focalizar las posibles salidas en la búsqueda de empleo. La inserción a través del empleo se ha convertido en un elemento clave, y diríamos que inevitable, en la lucha contra la exclusión, sobre todo en el ámbito de los jóvenes que es el colectivo más afectado por el desempleo. Pero, sin negar que ese es y seguirá siendo un factor muy importante en el camino para reconstruir un estatus de ciudadano completo de los jóvenes, hemos de recordar que si la exclusión tiene, como decíamos, una dimensión multifactorial y multidimensional, las formas de inserción han de ser plurales. En realidad, tenemos constancia de situaciones en las que a pesar de gozar de un empleo, no puede hablarse de inserción social, y, asimismo, se dan muchísimos casos en los que una plena inserción social no viene acompañada de empleo retribuido alguno, sin que ello signifique que esa persona o personas no hagan su "trabajo". Por otro lado, cada vez es más frecuente la existencia de trabajadores pobres, es decir, personas vinculadas al mercado, con trabajos más o menos estables, pero cuyas condiciones de trabajo no les permiten sobrevivir a lo largo de un mes, dados sus condicionamientos de vivienda, familiares o de movilidad.

El punto de vista que hemos venido sosteniendo aquí es que lo que denominamos como "crisis", es algo mucho más profundo y estructural. Es desde esa perspectiva de "cambio de época" desde la que afirmamos que las políticas en materia de empleo son hoy un ejemplo de obsolescencia. Siguen estando diseñadas desde instancias departamentales especializadas y estancas, con poca transversalidad y una clara inflexibilidad a la hora de adaptarse a los cambios que se suceden vertiginosamente. Y, además, lo hacen sin tener en cuenta las claras necesidades diferenciadas de cada territorio. Entendemos, por el contrario, que el éxito de las políticas de inserción de colectivos en riesgo cada vez más extensos, pasará inexorablemente por la capacidad de instituciones, entidades y otros colectivos implicados en el tema, de diseñar estrategias de respuesta combinadas e individualizadas, reconociendo la heterogeneidad de estos colectivos y la falta

de perspectivas claras o de certidumbres sobre la evolución futura del mercado de trabajo.

Por otro lado, las instancias y empresas de inserción ocupacional vinculadas a la economía social (que tienen mejores tasas de resiliencia en momentos como los actuales) han visto en buena medida mermadas su capacidad de actuación tanto por los fuertes ajustes presupuestarios como por el cambio de ciclo económico. La premisa sobre la cual se asentaban los programas vinculados a la inserción (formación primero, ocupación después) dejan de tener sentido en un contexto de carencia generalizada de puestos de trabajo. En este sentido no resulta fácil encontrar filones de ocupación y sectores emergentes dentro de la economía social que puedan suponer una salida para el colectivo de jóvenes con problemas de empleabilidad. No obstante, las entidades del Tercer Sector o de la economía social, acostumbran a ofrecer un valor añadido de servicio a la comunidad, de orientación e integración social. Es aquí donde la dimensión territorial cobra especial relevancia en nuestro estudio: las más claras experiencias de éxito y de resiliencia se encuentran en iniciativas realizadas desde y por el territorio, con la importancia del trabajo integral y de la cooperación entre actores y redes de actores sociales implicados e insertos en lo que podríamos denominar ecología social del desarrollo.

En cuanto a la emprendeduría, a pesar del mucho ruido desplegado en su promoción, el análisis de las trayectorias de vida muestra que sólo un perfil minoritario de jóvenes reúne las condiciones necesarias para crear su propio trabajo. Son aquéllos que pese a encontrarse sin empleo tienen un nivel formativo elevado y un apoyo familiar que le permite asumir riesgos. Pero incluso en estos casos, las trabas de carácter burocrático-administrativo dificultan mucho el proceso, como demuestra la gran y rápida mortalidad de este tipo de iniciativas.

En definitiva, se necesita una mayor coordinación entre esferas de gobierno (administración estatal, autonómica, local), con la inclusión de todas las partes implicadas, priorizando la capacidad de decisión de las instancias más cercanas a los problemas, incluyendo tanto a las personas afectadas como a los profesionales que trabajan 'a pie de calle', y teniendo en consideración la multidimensionalidad del fenómeno (desempleo, educación, formación, ámbito familiar y relacional). Una más estrecha colaboración entre la administración y la entidades de la economía social resulta de vital importancia para mejorar y dar respuestas al fenómeno del desempleo y riesgo de exclusión social de jóvenes.

En este sentido, las experiencias que mejor parecen funcionar son aquellas generadas de forma casi artesanal, con fuertes dosis de voluntarismo, de conocimiento del terreno y de los recursos disponibles, con capacidad de resolver no sólo problemas laborales, sino también familiares y de inserción social. Esto nos lleva a proponer iniciativas que más allá de dedicarse a los jóvenes cuenten *con* ellos. Mejor hablar de jóvenes y sus familias que partir de lógicas genéricas de "juventud"; Mejor pensar en etapas formativas y de trabajo dinámicas y complementarias que en departamentos estancos de formación y trabajo. Es

imprescindible reconocer que se precisan actuaciones más integrales y territorializadas.

Mejor desde cerca

La inserción social no puede ser entendida como el acceso de personas o colectivos a una oferta preestablecida de prestaciones, empleos o recursos. En la concepción que defendemos, la inclusión se presenta como una dinámica que se apoya en las competencias y las posibilidades de las personas. Y que se hace además en un contexto social y territorial determinado. La inserción se nutre de la activación de relaciones sociales de los afectados y de su entorno, y tiene sentido si consigue no sólo dar salidas individuales a este o aquel, sino que sus objetivos son los de mejorar el bienestar social de la colectividad en general. Si hablamos de flexibilidad, de integralidad, de implicación colectiva, de comunidad y de inteligencia emocional, deberemos acudir al ámbito local para encontrar el grado de proximidad necesario para que todo ello sea posible. Y es precisamente en el ámbito local en el que es más posible introducir dinámicas de colaboración público-sociedad civil, que permitan aprovechar los distintos recursos de unos y otros, y generar o potenciar los lazos comunitarios, el llamado capital social, tan decisivo a la hora de asegurar dinámicas de inclusión sostenibles en el tiempo y con garantías de generar autonomía y no dependencia, aunque ello no tenga porque implicar la difuminación de responsabilidades de los poderes públicos.

Establecer lazos, crear vínculos

Como hemos ya dicho, la lucha por la inclusión tiene mucho que ver con la creación de lazos de relación social. La labor de los profesionales dedicados al tema, de los poderes públicos y de las entidades o asociaciones que trabajan en la inclusión, ha de basarse, pensamos, en entrar en relación con la persona o el colectivo, ayudar a que se reconozca, a que reconcilie con su imagen, a trabajar con las relaciones de la persona con los demás, partiendo de los ámbitos más privados (niños, familias,...), hasta los espacios públicos (vecindario, comunidad, barrio, ciudad) y las instituciones y entidades (escuelas, empresas, asociaciones, poderes públicos,...). De esta manera, la inclusión implica reconstruir su condición de actor social. Todo ello exige conocer los recursos del medio, para movilizarlos y aprovecharlos. De esta manera, no sólo se consigue que el proceso de inclusión sea un proceso de reconstrucción de lazos y de relaciones, sino que sea también un proceso compartido, no estrictamente profesionalizado, y que además permita que el entorno social, la comunidad, reconozca los problemas que generan exclusión, convirtiendo el problema de unos pocos en un debate público que a todos concierne. Por ello se habla de coproducción de los procesos de inclusión, en la que unos y otros asumen el riesgo de recrear lazos, de recuperar vínculos, sin que sea posible, en una dinámica como la que apuntamos, anticipar demasiado planes de acción y fijar resultados de antemano, ya que de la misma manera que la exclusión ha sido debida a una multiplicidad de hechos y de situaciones, también la inclusión deberá ser objeto de una búsqueda en la acción.

En ese sentido, la búsqueda de trabajo, como palanca de inclusión, no puede ser concebida como una aventura personal, en la que el “combatiente” va pasando obstáculos hasta llegar a un punto predeterminado por los especialistas. Inclusión y exclusión son términos cambiantes que se van construyendo y reconstruyendo socialmente. Entendemos por tanto los procesos de inclusión como procesos de construcción colectiva no exenta de riesgos. En ese proceso los poderes públicos actúan más como garantes que como gerentes. Se busca la autonomía, no la dependencia. Se busca construir un régimen de inclusión, y ello quiere decir entender la inclusión como un proceso colectivo, en el que un grupo de gente, relacionada informal y formalmente, desde posiciones públicas y no públicas, tratan de conseguir un entorno de cohesión social para su comunidad. Ello exige activar la colaboración, generar incentivos, construir consenso. Y aceptar los riesgos. Para todo ello, las personas y los colectivos han de tener la oportunidad de participar desde el principio en el diseño y puesta en práctica de las medidas de inclusión que les afecten. Si no les queda otra alternativa (no pueden “salir”), han de poder participar (“hacerse oír”). Todo proceso de inclusión es un proyecto personal y colectivo, en el que los implicados, los profesionales encargados del acompañamiento, las instituciones implicadas en ello, y la comunidad en la que se inserta todo ello, participan, asumen riesgos y responsabilidades, y entienden el tema como un compromiso colectivo en el que todos pueden ganar y todos pueden perder.

Todos somos responsables

Creemos especialmente oportuno acabar esta contribución, resaltando el criterio de la implicación social, entendido en sentido amplio como la habilitación de verdaderos espacios de actuación para la iniciativa social, el sector asociativo, las ONGs y, en la medida de lo posible, para el conjunto de ciudadanos y ciudadanas con voluntad de implicarse en un espacio colectivo de lucha contra las exclusiones de cualquier persona y también de los más jóvenes.

Deberíamos insistir en la visión que el espacio público es un ámbito de corresponsabilidad entre el conjunto de instituciones públicas y representativas y la sociedad. Creemos que una sociedad que cuenta con un tejido asociativo fuerte es una sociedad que genera lazos de confianza y estos permiten avanzar en una concepción de los problemas públicos (en este caso de la inclusión) como algo compartido, y no únicamente de los poderes públicos. En el caso de las políticas de ocupación, como en general las de inclusión, este factor es, además, estratégico, ya que, como hemos repetido, no puede entenderse la articulación de procesos de ocupación sino es desde la proximidad, desde la integralidad de políticas y desde una lógica que permite y refuerza la implicación social en el proceso. De alguna manera y para resumir se podría decir que la implicación social debe estar en el corazón de las estrategias por una sociedad inclusiva. Todos seremos más iguales si entre todos nos lo proponemos, y exigimos nuestros derechos desde nuestras responsabilidades.

Bauman: Lectura “líquida” de la modernidad:
<http://www.relacionesinternacionales.info/ojs/article/download/128/118.pdf>

Ulrich Beck, http://elpais.com/diario/2002/02/24/opinion/1014505209_850215.html

Ulrich Beck, Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización, Paidós, 2007

Owen Jones, Chavs, <http://bit.ly/1Hbs6is>

Richard Sennett, La corrosión del carácter, Anagrama, Barcelona

Guy Standing: El precariado, <http://bit.ly/1Hbs2iR>

http://ec.europa.eu/spain/actualidad-y-prensa/noticias/empleo-y-politica-social/empleo-jovenes-memo_es.htm

<http://nadaesgratis.es/bentolila/un-plan-de-choque-efectivo-para-el-empleo-juvenil>

<http://www.1mayo.ccoo.es/nova/files/1018/Informe50.pdf>